

Cromacio de Aquileya

TRATADOS

TRATADO 38

LA CURACIÓN DEL LEPROSO

1. ¡Qué grande la fe de este leproso² y qué perfecta su confesión! Porque primero adoró y después dijo: *Señor, si quieres puedes limpiarme*³. Al adorar mostró haber creído que era Dios aquél a quien había adorado, porque la ley había prescrito que solo se debía adorar a Dios. Luego, al decir: *Señor, si quieres puedes limpiarme*, pide al Señor que sólo quiera su curación, [actuando] su omnipotencia y la naturaleza de su poder divino mediante la eficacia de su voluntad, consciente que el poder de la fuerza divina está sometido a su voluntad. Por eso, como creyó que para el Hijo de Dios el simple querer era poder, y el poder, querer, dice: *Señor, si quieres puedes limpiarme*⁴.

Con razón el Señor, reconociendo la disposición devota y fiel de aquel leproso que creía en Él, le recompensa al instante con el don de la salud para confirmar su fe: *Quiero, queda limpio*. Después *extendió la mano y le tocó*. Y al instante *quedó limpio de la lepra*⁵. En esto se proclamó ma-

nifiestamente como Señor que tiene todo el poder, como había creído el leproso. En efecto, tan pronto como quiso, la fuerza de su poder realizó el deseo de aquél. Así dice, en efecto: *Quiero, queda limpio. Y al instante quedó limpio de su lepra. Y Jesús le dice: Mira, no se lo digas a nadie, sino vete, muéstrate al sacerdote y presenta la ofrenda que prescribió Moisés, para que les sirva de testimonio*⁶. Manda el Señor al que había curado de la lepra que se presente al sacerdote y que ofrezca por sí mismo los sacrificios prescritos en la ley. En esto quiso manifestar que los sacramentos de la ley⁷ se cumplían por medio de Él y denunciar la falta de fe de los sacerdotes; para que, viendo curado al leproso, al que ni la ley ni los sacerdotes habían podido sanar, creyeran así que Él era el Hijo de Dios y reconocieran que Él mismo era el Señor de la ley; o si por el contrario se negaban a creer, recibieran claramente, gracias a la justicia y la fe del leproso y al testimonio de su acción, la condena por su falta de fe. En efecto, ¿quién podía, mediante el poder de su propia virtud, sanar a un leproso al que la ley no podía limpiar, sino aquel que es señor de la ley y Dios de todas las potencias, del cual leemos que está escrito: *El Señor de las potencias está con nosotros, nuestro protector es el Dios de Jacob*⁸? Aquel leproso creyó, mediante una religiosa confesión de fe y aun antes de ser curado, que el Hijo de Dios era Dios; los sacerdotes, sin embargo, no quisieron creer ni aun después del milagro divinamente obrado.

2. Mas, como quiera que en estos mismos sacrificios que la ley había prescrito que se ofrecieran en favor de los leprosos, reconocemos que está prefigurada la imagen de la verdad futura, debemos indagar en qué consisten estos sacrificios, o qué explicación del misterio celeste contienen. Notemos, en efecto, que el Señor mandó al que había limpiado de la lepra ofrecer por sí mismo los sacrificios prescritos en la ley, para manifestar que Él era el autor del precepto señalado y que por Él eran llevados a cumplimiento en la verdad los misterios que antes habían sido mostrados en figura.

Están prescritos en la ley diversos sacrificios que ofrecer a causa de la lepra; pero el mayor sacrificio en el caso de purificación de la lepra está ordenado como sigue. Está dicho en la ley⁹ que si alguien ha quedado limpio de la lepra vaya al sacerdote y ofrezca a Dios en sacrificio por él mismo dos aves o dos pollos vivos, madera de cedro, púrpura escarlata e hisopo. Y está mandado que el sacerdote tome una de las aves o de los pollos y lo mate sobre una vasija de barro con agua viva; que moje el pollo vivo, la madera de cedro y la púrpura escarlata en la sangre del pollo inmolado sobre el agua viva; que rocíe siete veces al que ha sido limpiado de la lepra y sea [considerado] limpio; que deje en libertad al pollo vivo en el campo y otras cosas que no nos interesan. Si consideramos este sacrificio prescrito en la ley con significado espiritual y en sentido simbólico, descubrimos no pocos misterios.

3. Así, por ejemplo, en la lepra se muestra una figura del pecado, por cuya suciedad todo el género humano se había manchado como por una lepra, según lo que dijo el Apóstol: *Un poco de levadura fermenta toda la masa*¹⁰. La ley mostró antiguamente de modo alegórico que la purifi-

cación de este pecado no se podía realizar por ningún otro medio que el sacrificio arriba mencionado. En los dos pollos está expresado el misterio de la encarnación del Señor porque aquel que es sacerdote eterno tomó un cuerpo y un alma de una santa Virgen para la purificación de nuestros pecados. En la madera de cedro está claramente indicado el sacramento de la cruz; en la púrpura escarlata, la redención de la preciosa sangre¹¹; en el hisopo, la predicación apostólica por la que hemos sido rociados con la sangre del Señor y hemos sido purificados de los pecados. Por eso se había prescrito a Moisés que empapara un manojo de hisopo con sangre y así purificara al pueblo. Esto es también lo que atestiguó David en un salmo cuando dice: *Me rociarás con el hisopo, Señor, y quedaré limpio; me lavarás y quedaré mas blanco que la nieve*¹². En el agua viva está manifestada la gracia del bautismo salvador, que engendra en nosotros la vida eterna.

4. Pero no sin causa había de matarse uno solo de los dos pollos, ya que sólo el cuerpo sufrió el padecimiento de la muerte. Por el contrario el alma y el Dios Verbo permaneció, debido a su naturaleza inmortal. Mas, el hecho de que el pollo vivo fuera mojado en la sangre del muerto, mostraba que el padecimiento del cuerpo debía ser atribuido al alma y a la divinidad de Cristo. Por eso el santo Apóstol atestiguó que el Señor de la majestad fue crucificado¹³. En el hecho de que el pollo vivo había de mojarse en la sangre del pollo muerto y ser liberado en el campo para que alzara el vuelo, se mostraba sin duda que el Hijo de Dios, por su venerable resurrección, asumiendo de nuevo el cuerpo, había de volar del campo de este mundo hasta el cielo, según

lo que está escrito: *Y ascendió sobre un Querubín y voló sobre las alas del viento*¹⁴.

De esta manera la ley había mostrado desde antiguo, por medio de una figura, que nuestro Señor y Salvador, que es verdadero y perpetuo sacerdote, iba a ofrecer un sacrificio semejante por la lepra de nuestros pecados o, mejor, por los de todo el mundo. Estaba mandado que quien había sido limpiado de la lepra fuera rociado siete veces con la sangre del pollo sacrificado, porque por la sangre de Cristo, gracias a la cual somos redimidos, y por la gracia septiforme del Espíritu Santo, por la que somos iluminados, se lleva a cabo la plena purificación de nuestros pecados. Así, en ese leproso que se presentó al Señor para ser curado cuando éste descendía del monte, está indicada la figura de todos los pecadores; o mejor, de todo el género humano, porque todos estábamos atrapados a causa de la iniquidad de los pecados de Adán, como rociados por la lepra. Mas después que nuestro Señor y Salvador descendió por nuestra salvación de lo más alto de los cielos, como [aquí] de lo alto del monte, recibida la remisión del pecado alcanzamos la curación de la salud eterna. De esta manera con razón se mandó al hombre regresar al campamento al octavo día¹⁵, para que así se manifestara que por la resurrección del Señor, que es lo propio del octavo día¹⁶, una vez llevada a cabo la purificación del pecado, habíamos de ser introducidos en el campamento celeste por nuestro Señor y Salvador.

TRATADO 39

NO SOY DIGNO DE QUE ENTRES EN MI CASA

1. Y continúa: *Después de esto, cuando había entrado en Cafarnaúm, se le acercó un centurión rogándole y le dijo: «Mi siervo yace en casa paralítico y sufre terriblemente». Le dijo Jesús: «Yo iré y lo curaré». El centurión le respondió: «Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo, pero di sólo una palabra y mi siervo será sanado»*¹. (Y lo demás que sigue en este mismo pasaje). ¡Que gloriosa fe vemos en el centurión y que devoción admirable, que sin ninguna formación en la ley creyó en el Hijo de Dios con fe tan perfecta! El centurión ruega al Señor que se digne curar a su siervo paralítico. El Señor decide incluso ir al lugar en donde yacía el paralítico, pero el centurión, lleno de fe, plenamente consciente de su bajeza, se profesa indigno de tan grande consideración del Señor y dispensa de semejante molestia a la condescendencia divina². Pues dice así: *Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo, pero di sólo una palabra y mi siervo será sanado*. Esta declaración es propia de una fe plena y de un conocimiento perfecto: confesar la omnipotencia del Hijo de Dios hasta el punto de creer que todo le es posi-

ble. Por eso, el centurión, aunque veía a nuestro Señor y Salvador como un hombre por su condición corporal, sin embargo reconocía que era Dios con la vista del espíritu y de la fe. Finalmente dice así: *Di sólo una palabra y mi siervo será sanado*, pues creía que Él, en virtud de su naturaleza divina, estaba presente en todas partes y podía curar a todos con una sola palabra con sólo quererlo, consciente de que este mismo es del que estaba escrito: *Mandó su palabra y los sanó*³. Y en otra parte: *No los curaba el emplasto, sino tu palabra, Señor, que todo lo sana*⁴. Aunque el centurión, aún desconocedor de la ley, ignorase que esto estaba escrito, sin embargo al creer lo confesó con su fe.

Así pues, no sin razón adujo también el ejemplo de su autoridad terrena diciendo: *Porque también yo, que soy un hombre sujeto a la autoridad, tengo soldados a mis órdenes. Y le digo a éste «ve» y va, y a otro «ven» y viene. Y a mi siervo «haz esto» y lo hace*⁵. Con esto, creyendo así, le confesó Señor y príncipe del ejército celeste y que el universo estaba sujeto a su potestad. Pues creía que éste era Aquel al que están sujetos los ángeles, los arcángeles y todas las potestades celestes en obediente servicio. Con semejante fe el centurión consiguió obtener lo que había solicitado y, según el testimonio de la alabanza divina, fue hecho digno de ser antepuesto a todos los israelitas. Pues el Señor afirmó de él: *En verdad os digo: nunca he hallado tanta fe en Israel*⁶. Efectivamente, en ninguno. Antes, tras ser limpiado el leproso, los sacerdotes de la ley no quisieron reconocer al Señor de tan gran poder. El centurión, un gentil, no formando en la ley ni instruido por los profetas, reconoció al Hijo de Dios antes de que su siervo fuera sanado. Y los sacerdotes, aunque en el leproso reconocieron un signo del

poder divino, no quisieron creer. Pero, el centurión, creyendo con fe plena, pidió la salvación eterna no sólo para él, sino también para su casa. Por tanto, vemos cuánto puede aprovechar a cada uno ante Dios la religiosa profesión de una fe entregada, porque no le aprovecha sólo a él sino también a los suyos: El centurión cree y su siervo alcanza la salud.

2. Estas cosas las hemos dicho según la letra de la narración. Ahora tenemos que ver cómo hay que comprender esta acción bajo un punto de vista espiritual. En este centurión, que creyó con fe plena en el Hijo de Dios, se muestra la figura de los santos que agradaron a Dios sin la letra de la ley⁷. Por otra parte, en el siervo del centurión, que yacía paralítico en casa, se muestra una figura del pueblo de los gentiles, que yacía oprimido por sus graves pecados en la casa de este mundo, incapacitado en su alma y en su cuerpo.

Así, las oraciones de los santos ruegan al Señor que viene, que conceda la curación mediante la palabra divina, para salvación de los gentiles; a fin de que, liberados los hombres de la enfermedad de los pecados, reciban la perfecta curación de la fe y de la salvación. Por tanto, también en lo que dice: *Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo, pero di sólo una palabra y mi siervo será sanado*, se ve que su casa representa este mundo, contaminado por los sacrilegios de los gentiles, la superstición de los ídolos y por todos los pecados; de él se atestigua que es indigno de Dios. Además, aunque el Señor había descendido a este mundo donde estaba la morada de los gentiles, no obstante se le halló totalmente ajeno a los vicios y pecados del mundo. Y aunque el Señor había venido a este mundo a dar la salvación a los gentiles, sin embargo no enseñaba en los templos de los ídolos los preceptos de vida que beneficiarían al pue-

blo de los gentiles, sino que lo hacía en el templo de Dios, que en aquel tiempo había sido edificado en Jerusalén. Y por esto dice el centurión: *No soy digno de que entres bajo mi techo*, para mostrar que la morada contaminada de los gentiles era todavía indigna del Hijo de Dios, pues estaba manchada.

Pero añadió: *Di sólo una palabra y mi siervo será sanado*. En esto se descubre este significado: que el Señor no destinaba para antes de su pasión la palabra de la divina predicación encaminada a la salvación de los gentiles, sino para después de ésta, por medio de los apóstoles. De ahí aquello que dijo Pablo a los judíos: *Era necesario anunciaros a vosotros en primer lugar la palabra de Dios. Pero como os juzgáis indignos de la vida eterna, he aquí que nos dirigimos a las naciones. Pues así nos lo mandó el Señor*⁸. Por lo cual también el Señor, después de alabar la fe del centurión, dio testimonio de esta misma esperanza futura de los gentiles, diciendo: *En verdad os digo que vendrán muchos de Oriente y de Occidente y se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos. Por el contrario, los hijos del reino serán expulsados a las tinieblas de fuera*⁹. Con esta sentencia declaró explícitamente que, una vez reprobado el pueblo infiel de los judíos, se formaría la noble congregación de la Iglesia a partir de todos los pueblos y, merced a su fe y devoción, sería considerada digna del banquete de los santos en el reino celeste por la venida de nuestro Señor y Salvador,

TRATADO 42

LA TEMPESTAD CALMADA

1. Continúa después: *Y subiendo en una barca [sus discípulos le siguieron. De pronto se levantó en el mar una tempestad tan grande que la barca quedaba tapada por las olas; pero él dormía. Acercándose ellos le despertaron diciendo: «¡Señor, sálvanos, que perecemos!».* Y, levantándose, les dice: *«¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?»* Y conminó al viento y al mar y se hizo una gran calma. Y aquellos hombres, maravillados, decían: *«¿Quién es éste,] que le obedecen los vientos y el mar?»*¹. Mientras el Señor navegaba con sus discípulos, se levantó una tormenta tan grande que las impetuosas olas que se formaban en el mar cubrían la barca. Él, en cambio, se nos dice, *dormía*². ¡Asombrosa paradoja! Sube a una pequeña barca para navegar Aquel que lleva el timón³ de todo el mundo con su poder divino. Duerme con sueño el que, en eterna vigilia, vela por su pueblo⁴. El Señor se durmió, sin embargo, no por necesidad de la debilidad humana, sino por su libre voluntad. Pues, aunque el sueño

no afecte a la naturaleza eterna de Dios, según lo que leemos que está dicho de Él: *He aquí que no durmió ni dormirá quien vigila a Israel*⁵, no obstante, nuestro Señor y Salvador, para probar la realidad del cuerpo que había asumido en sí, se digna experimentar todas las cosas de la naturaleza humana, incluso el sueño, para demostrar con evidencia la verdad del cuerpo que había asumido en sí⁶.

2. Mas como, al arreciar la tormenta mientras el Señor dormía, las violentas olas se alzarán hasta poner en peligro la nave, los discípulos, sobrecogidos por el miedo, despiertan al Señor diciéndole: *Señor, sálvanos, que perecemos*⁷. Parece como si David hubiera presagiado esto mismo, prefigurando a los apóstoles que despiertan al Señor, cuando dice: *¡Álzate!, ¿Por qué duermes, Señor? Álzate, socórrenos y sálvanos por el honor de tu nombre*⁸.

3. Por fin, el Señor, *levantándose, les dice: ¿por qué tenéis miedo, hombres de poca fe? Y conminó al viento y al mar y se hizo una gran calma*⁹. Con esto manifestó el Señor de forma evidente el poder de su divinidad, al calmar las violentas olas del mar con una palabra de su poder divino. Ni los vientos ni el mar podían obedecer más que a su Señor y creador. Que esto iba a suceder, David lo había anunciado tiempo atrás al decir: *Te vieron las aguas, oh Dios, te vieron las aguas y temieron y las profundidades del mar se agitaron. Las nubes descargaron sus truenos con estruendo*¹⁰. ¿Y quiénes son estas nubes que descargaron su trueno ante el temor de las aguas, sino los discípulos que, habiendo visto este signo de señorío divino, exclamaron: *Verdaderamente éste era Hijo de Dios*¹¹? Por otra parte, en las nubes se re-

presenta a los apóstoles, porque ellos, surgiendo de la tierra a la manera de las nubes, son llevados a los cielos por la ligereza espiritual de su naturaleza, sin peso alguno de pecado, y dejan caer la lluvia de la predicación de las cosas divinas para regar los corazones de los creyentes¹². También en otro lugar el mismo David dio testimonio de que la violencia del mar habría de ser calmada cuando el Señor lo ordenara con su palabra: *Tú dominas la fuerza del mar y calmas el movimiento de sus olas*¹³. Y en otro lugar: *Él lo dijo y se detuvo el soplo de la tormenta y se apaciguaron sus olas*¹⁴. Y más: *Que agitas el fondo del mar y aplacas el estruendo de sus olas*¹⁵. Y todavía: *he aquí que enviará su voz, su voz poderosa*¹⁶, esa voz por la que, ordenando a los vientos en virtud de su poder divino, se restableció la calma del mar. También el bienaventurado Job que, gracias al Espíritu Santo, no ignoraba que esto había de suceder, dice así hablando del Señor: *Calmó el mar con su poder*¹⁷.

4. Una vez que, calmada la tempestad al mandato de una palabra, se hubo restablecido la tranquilidad, se nos cuenta que aquellos que estaban sobre la barca, *estupefactos, decían: ¿Quién es éste, a quien los vientos y el mar le obedecen?*¹⁸. Ahora bien, este poder de la palabra del Señor y la admiración de los que se encontraban sobre la barca, los había anunciado tiempo atrás el santo David en un salmo: *Quienes atraviesan el mar en sus naves, negociando en muchos lugares. Éstos vieron las obras del Señor y sus maravillas mar adentro. Lo dijo y se detuvo el soplo de la tormenta*¹⁹. Y más adelante: *Transformó la tormenta en*

*brisa, se apaciguaron sus olas y ellos se alegraron por la calma*²⁰.

5. Así pues, en primer lugar, y según la simple narración de la historia, sabemos que esto fue realizado mediante la fuerza del Señor. Ahora, sin embargo, debemos considerar con diligencia, qué es lo que está representado en figura en todas estas cosas según la interpretación alegórica. Hay que preguntarse, en efecto, qué hay que entender por esta barca según la consideración espiritual, y qué es el mar; qué son las olas que se alzan, qué los vientos que levantan semejantes olas; sin dejar siquiera el sueño del Señor, y su increpación a los vientos y la calma restablecida y la lógica admiración de los navegantes.

Es indudable que la barca representaba la Iglesia²¹, según lo que dice de ella el Espíritu Santo por boca de Salomón: *Es como una nave que trae mercancías de lejos*²², esto es: la Iglesia que, siendo los navegantes los apóstoles, el Señor quien la dirige, soplando el Espíritu Santo, va de una parte a otra con la palabra de la predicación, llevando consigo una mercancía grande e inestimable, por la que ha adquirido, al precio de la sangre de Cristo, todo el género humano o, más bien, todo el mundo²³. Sobre esto también el mismo Salomón dijo en otro lugar, entre otras cosas: *No pudimos encontrar la huella que deja el barco al atravesar el mar*²⁴, mostrando que la ocupación de la Iglesia no es ni de la tierra ni del mundo, sino del cielo, según lo que refiere el santo Apóstol: *Pero nuestra vida está en el cielo*²⁵.

El mar representa el mundo, que está agitado por los diversos pecados y toda clase de tentaciones a la manera de

las olas. De él leemos que está escrito: *El mar grande y ancho, allí viven reptiles sin número, animales pequeños y grandes y la serpiente, que creaste para divertirte con ella*²⁶. Y también: *Llegué a lo profundo del mar y la tempestad me hundió*²⁷.

Los vientos, por su parte, representan las potencias malvadas y los espíritus inmundos, que se empeñan en hacer naufragar la Iglesia mediante diferentes tentaciones mundanas como si fueran las olas del mar²⁸. El hecho de que el Señor se duerma en esta barca se entiende respecto a cuando permite que su Iglesia sea tentada por las tribulaciones y persecuciones de este mundo para probar su fe. La súplica de los discípulos que despiertan al Señor e imploran su ayuda para salvarse, representa las oraciones de todos los santos que, una vez iniciada la tempestad de la persecución con la furia del diablo y sus ángeles, con su fe devota y oración ininterrumpida despiertan como de un sueño la paciencia del Señor, para que, se digne socorrer con el auxilio de su misericordia a los que están en peligro por el temor de la debilidad humana; de tal manera que, increpando a los vientos, que son evidentemente los espíritus inmundos autores de la persecución, y amainada toda tempestad del mundo, restablezca a su Iglesia en la paz y la tranquilidad²⁹.

En la admiración de los que estaban en la barca que, una vez llegada la calma, confiesan al Hijo de Dios, se muestran la persona y la fe de todos los creyentes, quienes, reunidos en la Iglesia, despertando primero al Señor con sus oraciones, al ver restituida la paz confiesan con verdad al Hijo de Dios como Señor y defensor de su Iglesia. Esto es lo que leemos en los Hechos de los Apóstoles que hicieron los san-

tos a favor de la Iglesia, nada más terminar la persecución de Herodes y los judíos³⁰.

6. Así pues, por más que la Iglesia sufra la acometida del enemigo o la tempestad del mundo o sea sacudida por las olas de cualquier tentación, no puede naufragar, porque quien la dirige es el Hijo de Dios. En medio de estos torbellinos del mundo y en medio de sus persecuciones, adquiere mayor gloria y virtud, en tanto que permanece firme e indisoluble en la fe. Navega con rumbo seguro por el mar de este mundo provista del timón de la fe³¹, tiene a Dios por timonel, a los ángeles por remeros, transporta los coros de todos los santos y, en medio de ella, se yergue el mismo árbol salvador de la cruz en el cual está suspendida la vela de la fe evangélica³²; y con el soplo del Espíritu Santo es guiada al puerto del paraíso y a la seguridad del descanso eterno.

Mas esta barca, por más que navegue a lo largo de nuestra historia a través de las tentaciones del mundo, no es sin embargo una barca que pertenezca al mundo, sino a Dios. Porque existe otra barca que pertenece al mundo y no a Dios: el plantel de los herejes, que reivindica para sí este nombre de «Iglesia». Isaías anuncia con claridad que contra él llegará el día del juicio cuando dice: *El día del Señor de los ejércitos contra todo el que ultraja y el soberbio*³³. Y algo más adelante: *Y contra toda nave del mar*³⁴, esto es: toda iglesia de herejes. De ella el mismo Isaías refiere en otra parte: *Tus cabos se han roto porque tu mástil no ha estado firme, se cayeron tus velas y no se izarán*³⁵. Llamó a esta

nave *nave del mar*, ya que una Iglesia así no es de Dios, sino del mundo; pues, aunque parezca tener en sí la predicación de la cruz del Señor, sin embargo, alza un mástil inservible, porque allí donde no se encuentra la verdad de la fe el anuncio de la cruz es poco firme. Por tanto sus velas están caídas y sin izar porque no son dirigidas por soplo alguno del Espíritu Santo. Y por eso, una nave así, es decir, la iglesia de los herejes, habiendo perdido el timón de la verdadera fe, se hunde en el naufragio de la muerte eterna por culpa de los espíritus malvados que la dominan, pues no merece ser guiada por el Señor Jesucristo.

TRATADO 44

EL PARALÍTICO RECIBE EL PERDÓN DE SUS PECADOS

1. A continuación prosigue el relato: *Y subiendo a una barca, atravesó el mar y llegó a su ciudad. Y he aquí que le condujeron un paralítico que yacía en una camilla. Entonces, viendo Jesús la fe de estos, dijo al paralítico: «Sábetete, hijo, que tus pecados están perdonados». Pero algunos entre los escribas dijeron para sí: «Este blasfema». Y como viera Jesús sus pensamientos, les dijo: «¿Por qué pensáis maldades en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil decir: “tus pecados están perdonados”, o decir: “levántate y anda”?»¹. Y lo que sigue. Así pues cuando regresa de tierra de gerasenos y llega a su ciudad, conducen ante el Señor un paralítico postrado en una camilla, al que cura en atención a la fe de aquellos que se lo presentan. Le dice, en efecto: *Ánimo, hijo, tus pecados están perdonados*. En la curación de este paralítico muestra nuestro Señor y Salvador que es Dios, al conferir la salud y perdonar los pecados. A este paralítico no le devuelve simplemente la salud corporal, sino que además le dice: *Tus pecados están perdonados*. Como algunos de los escribas que lo habían escuchado murmuraban para sí diciendo: *¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?*².*

Entonces el Señor, para denunciar su falta de fe, muestra el poder de su naturaleza divina, por la que conocía los secretos de los corazones, diciéndoles: *¿Por qué pensáis maldades en vuestros corazones?* Ciertamente los incrédulos escribas deberían haber comprendido por esto que nadie puede ver los pensamientos ocultos de los corazones más que aquel que ya había hablado a Samuel tiempo atrás: *Dios no mirará como el hombre. Porque el hombre ve la apariencia, Dios, sin embargo, ve el corazón*³; aquel de quien está escrito en el salmo: *Dios escruta los corazones y las entrañas*⁴; aquel de quien Isaías da testimonio diciendo: *por la inmensa majestad y dignidad de tu poder, nada se te oculta*⁵; y del que Jeremías afirma: *Señor, que apruebas lo justo, que conoces las entrañas y los corazones*⁶. Por esta razón, el Señor, para mostrar que Él era de quien se habían escrito todas estas cosas, declara así en el Apocalipsis: *Y sabrán todas las iglesias que yo soy el que escruto las entrañas y los corazones*⁷. Así pues, ya que a partir de lo que el Señor había dicho al paralítico: *Tus pecados están perdonados*, los infieles escribas juzgan que el Señor ha blasfemado y dicen: *¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?*; quiso el Señor mostrarles, para atajar su falta de fe, lo que es aún más maravilloso diciendo: *¿Por qué pensáis maldades en vuestros corazones?* Para presentar así con evidencia el poder de su naturaleza divina, no sólo perdonando los pecados, sino también dando a conocer los secretos de los corazones; porque conocer los pensamientos ocultos es propio y característico sólo de Dios.

2. Mas, a fin de refutar más plenamente a los incrédulos e impíos escribas, el Señor dice al paralítico: *Levánta-*

*te, coge tu camilla y vete a tu casa. Se levantó, añade, y se fue a su casa*⁸, de tal manera que nadie pudiera dudar ya de que había perdonado los pecados al paralítico pues, con una palabra de su poder divino, le ordenó caminar llevándose su camilla. Por tanto la falta de fe de los escribas, al oponerse al Señor, ofreció un testimonio de la verdad; y al negarlo confiesa que el Hijo de Dios es Dios. Dicen, en efecto: *¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?*⁹. Y por esto, el Señor, para mostrar que le había perdonado los pecados al paralítico, ofrece además, mediante el restablecimiento de la salud corporal, un signo de su poder divino; para que los impíos escribas, convencidos al menos por este signo, creyeran que se le habían perdonado los pecados al paralítico y reconocieran aquello que negaban: que Cristo era Señor y Dios. Y ciertamente los escribas, aunque no reconocieran al Hijo de Dios, sin embargo no ignoran que el que puede perdonar los pecados es Dios. Por esto debemos notar de qué impiedad es culpable el hereje, que confiesa que el Hijo de Dios perdona ciertamente los pecados, pero se atreve a negar que sea Dios, cuando aún los mismos que lo niegan reconocen que el que perdona los pecados es Dios.

3. Dice pues el Señor al paralítico: *Levántate, coge tu camilla y vete a tu casa. Se levantó y se fue a su casa*. En esto descubrimos parcialmente realizado lo que Isaías había anunciado que sucedería en la venida del Señor: *Robusteceos manos débiles y rodillas vacilantes. No temáis: he aquí que nuestro Dios juzgará. Él mismo vendrá y nos salvará*¹⁰. De esto también David dio testimonio en el salmo: *La voz del Señor con poder, la voz del Señor con esplendor, la voz del Señor que derriba los cedros*¹¹. Esta voz del Señor se da

a conocer ciertamente con poder y esplendor, porque, al devolver el débil cuerpo del paralítico a la salud primigenia, derribó los cedros, es decir, a los escribas y fariseos que, encumbrados por la soberbia de su corazón, son abatidos por este signo del poder del Señor.

4. Mas como estos mismos prodigios del Señor contienen en sí un sentido espiritual, debemos tener presente lo que representa la figura del paralítico. Vemos en efecto que en él está presagiada la figura del pueblo de los gentiles que, debilitado en su espíritu por graves pecados, como atado por una enfermedad incurable, yacía en los cuatro extremos de este mundo como en un lecho¹². Buscando la salud de este paralítico, (es decir del pueblo de los gentiles, o también de Adán, que reconocemos como el origen del género humano), tras ser reprobada la falta de fe de Israel, los ángeles y todos los santos se presentaron suplicantes ante Dios y, de los cuatro extremos de la tierra, como si fueran los de la camilla, llevan hasta nuestro Señor y Salvador al que ha de ser sanado. A la vista de su fe, el Señor, que había venido para salvar al género humano, se dignó conceder en abundancia la salud celestial a Adán, o al pueblo de todos los gentiles. Así, también en lo que se le dijo al paralítico: *Tus pecados están perdonados*¹³, se manifestó cómo el pueblo gentil, que padecía a causa de la grave enfermedad de sus pecados, gracias al perdón que se le concedería por medio de la medicina del cielo, alcanzaría, en el cuerpo y en el alma, la plena y perfecta salud que es la salvación eterna¹⁴. No es extraño que, una vez que se le ha devuelto la salud tras haberle perdonado sus pecados, se le diga a éste: *Vuelve a tu casa*¹⁵, esto es, la casa del paraíso, de la que

Adán tiempo atrás había sido expulsado, erigiéndose como origen de este [estado] de debilidad.

5. Y continúa: *Al ver esto, las muchedumbres temieron y glorificaban a Dios, que ha dado un poder semejante a los hombres*¹⁶. En efecto, es glorificado Dios, quien por una parte entregó a sus apóstoles el poder de perdonar los pecados y por otra concedió a los hombres una gracia tan grande que, tras el perdón de los pecados en mérito a la fe y la justicia, alcancen la capacidad de regresar al paraíso merced al poder y la gracia de nuestro Señor y Salvador.

TRATADO 47

LA HEMORROÍSA Y LA HIJA DE JAIRO

1. A continuación prosigue: *Cuando les estaba diciendo estas cosas, se le acercó uno de los principales y se postró [diciendo: «Mi hija acaba de morir, pero ven, impón tu mano sobre ella y vivirá».] Entonces, levantándose Jesús, lo siguió con sus discípulos. En esto, una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años se acercó por detrás y le tocó el vestido¹. Y todo lo que sigue. Cuando Jairo, principal de la sinagoga, le rogó al Señor que acudiese para reanimar a su hija, que acababa de fallecer, éste no se demoró, sino que, al momento, se levantó y le siguió. Con su ejemplo nos enseñó que hemos de ser diligentes en toda obra de Dios.*

Mas cuando el Señor se encaminaba a reavivar a la niña muerta, *en esto, dice, una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años se acercó por detrás y le tocó el vestido diciéndose: «Si toco su vestido, me salvaré». Él se volvió y, al verla, le dijo: «¡Ánimo, hija!, tu fe te ha salvado». Y la mujer quedó sana desde ese momento². ¡Cuán feliz esta mujer que creyó con fe tan perfecta en el Hijo de Dios! En efecto, no se acercó por delante sino por detrás. Ni se abrazó a los pies del Señor: se juzgaba indigna; ni siquiera quiso*

tocar la parte más noble del vestido, sino simplemente la orla³, como refiere Lucas⁴. Creía que bastaría para proporcionarle la salud si consiguiese tocar al menos la orla del vestido del Señor, sabiendo que Él era aquel del cual el Espíritu Santo había anunciado tiempo atrás por boca del profeta Zacarías: *Esto dice el Señor omnipotente: En aquellos días, diez hombres asirán la orla del vestido de un judío, diciendo: Iremos contigo, porque escuchamos que Dios está con vosotros*⁵. Esto, aunque se pueda aplicar a cualquier hombre santo, sin embargo vemos que se refiere principalmente al Señor quien, procedente del linaje de los judíos, asumió un cuerpo por nuestra salvación, *porque la salvación, dice, viene de los judíos*⁶. Hombres de todas las lenguas asieron, gracias al obsequio de la fe, la orla de su vestido, esto es, su venida en la humildad de la carne. La orla es, en efecto, la última parte de la túnica. En esta señal se pone de manifiesto el tiempo último en el que el Hijo de Dios, tomando sobre sí un cuerpo humano, se dignó venir para la salvación del mundo.

2. Así pues, esta mujer tan santa que, aunque había gastado todo su dinero, como cuenta Lucas⁷, no había podido ser curada por ningún médico, al saber que había venido el Salvador del género humano y que era el autor de la medicina celeste, se acercó por detrás y, para obtener la salud, tocó la orla del vestido del Señor. Pero la mujer tocó la orla del vestido del Señor no sólo con el tacto corporal, sino también con la fe. Entonces, como testimonia el evangelista Lucas, leemos que tras el roce de la mujer el Señor dijo:

*¿Quién es el que me ha tocado? Pues me he dado cuenta de que una fuerza ha salido de mí*⁸. El poder del Señor está siempre preparado para sanar, a condición de que no falte la fe de los creyentes. Así, ya que esta mujer creía con todo el corazón, tocó al Señor no sólo con el tacto corporal sino también con la fe, y por esto consiguió al momento la salud que buscaba⁹. Le fue dicho, en efecto: *¡Ánimo, hija!, tu fe te ha salvado*¹⁰. ¡Qué grande es la fuerza del poder divino! Con sólo el roce del vestido se corta el flujo de sangre después de doce años; la fe de la mujer es recompensada; se le restituye la plena salud corporal. La ley había indicado, es cierto, los sacrificios precisos que habían de ser ofrecidos por aquellas que padecían flujo de sangre¹¹. Pero esta mujer no había podido ser curada por ningún medio: ni por los médicos del mundo, ni por los sacrificios de la ley, que no podían proporcionar una medicina eficaz a los que sufrían por esta enfermedad, mas mostraban el misterio de la verdad que había de venir. Por esto, la mujer, al reconocer al Señor de la ley y autor de la medicina celeste, creyendo al punto con toda la virtud de la fe, fue por detrás y le toca la orla del vestido. Había encontrado por fin al médico verdadero que venía del cielo, sabía que sólo Él podía curar su enfermedad. De Él había dicho Salomón: *No los curaba el emplasto, sino tu palabra, Señor, que todo lo sana*¹². A este médico bueno, que daba largamente la salud a todos con su palabra, esta mujer le entregó no su dinero, que había gastado en médicos, sino solamente el pago de su fe. En efecto, este médico nos pide solamente este pago para darnos su gracia con generosidad. Este ejemplo nos enseña que no podemos ser liberados ni de la enfermedad corporal ni de

la que producen los pecados si no creemos en el Señor con todo el corazón y el ánimo perfectamente dispuesto.

3. Así pues, tras devolver la salud a la mujer que padecía el flujo de sangre, *llegó, dice, a la casa del principal*, que le había rogado reavivase a su hija. *Y viendo a las plañideras y a la gente alborotada, decía: «Marchaos de aquí. La niña no está muerta, sino que duerme».* *Y se burlaban de Él. Cuando se hubo echado a la gente, se acercó, le cogió la mano y la niña se levantó*¹³. *Esta noticia se difundió por toda aquella región*¹⁴. También en este signo del poder divino por el que, sujetando la mano de la niña, hizo volver el alma al cuerpo diciendo: *Levántate niña*¹⁵, vemos cumplido lo que David declaró: *La diestra del Señor se manifiesta con poder*¹⁶. Y también: *La voz del Señor con poder, la voz del Señor con esplendor*¹⁷. Y en otro lugar: *Lanzará su voz, su voz poderosa*¹⁸; se trata sin duda de esta voz poderosa por la que reanimó a la niña muerta, por la que también llamó a Lázaro del sepulcro diciendo: *Lázaro, sal fuera*¹⁹. Ciertamente, esta niña, al escuchar la voz del Señor, se levantó; Lázaro, por su parte, se encontraba atado de pies y manos, y ni así se le pudo impedir que saliese de la tumba nada más dar la orden el Señor. Pero examinemos por qué Lázaro salió de la tumba atado de pies y manos. ¿Acaso el Señor, que había roto los lazos de la muerte, no podía destrozar las ataduras de su sepultura? Pero quiso que Lázaro saliese atado de la tumba, en primer lugar para manifestar claramente la fuerza de su poder divino, ya que Lázaro no sólo fue alzado de la muerte, sino que, aún más, se le ordenó

salir atado de la tumba. Además, para que los mismos judíos incrédulos le reconocieran envuelto en las vendas, y no pensarán, ni por asomo, que no se trataba de Lázaro en persona, al que ellos mismos habían sepultado. ¡Qué grande es el poder del Señor! Es más difícil despertar a alguien del sueño que a Lázaro de la muerte, pese al hedor del cuerpo²⁰. Aún tenían los judíos el olor en su nariz, y he aquí que Lázaro, llamado por el Señor, se presentaba vivo ante sus ojos²¹. Por tanto, los judíos no tienen excusa por su pecado, ya que no quisieron creer ante semejantes prodigios.

4. Así pues, la niña, nada más oír la voz del Señor que le decía: *Levántate*, al momento, en menos de lo que se tarda en decirlo, se alzó²². La muerte, en efecto, no podía retener ya el alma de la niña, sabiendo que se lo había mandado el que es Señor de la muerte y de la vida; aquel que dijo, por boca de Moisés: *Yo mataré y daré la vida; golpearé y sanaré*²³. De Él también dio testimonio Salomón cuando dijo: *Porque tú tienes el poder sobre la vida y sobre la muerte, haces bajar hasta la puerta de la muerte y vuelves a dar la vida*²⁴. Y el mismo Señor con razón dice en el Evangelio: *Vendrá la hora, y ya está aquí, en que los muertos escucharán la voz del Hijo de Dios, y quienes la escuchen, vivirán*²⁵. Hacer volver al hombre de la muerte en virtud del propio poder es una acción exclusiva y particular de Dios. Así, leemos que los profetas y los apóstoles hicieron revivir a los muertos no por su poder, ni por potestad propia, sino por el poder del nombre de quien tiene potestad sobre la vida y la muerte. Además, los profetas y apóstoles, para poder

hacer tal cosa, en primer lugar oraron y entonces, habiendo invocado el nombre del Señor, merecieron ser escuchados. El Hijo de Dios, sin embargo, como es Señor de todo poder y Dios del universo, ordena a las almas regresar al cuerpo por su propia potestad²⁶. Él mismo fue quien, primero por los profetas y más tarde por los apóstoles, realizó estos signos de su poder divino. Por tanto, en cuanto dijo el Señor: *Levántate, niña*, obedeciendo la muerte a su Señor y creador, el alma es devuelta al cuerpo y la niña, que había estado muerta, se alza viva. Pues la muerte no podía retener a quien la Vida volvía a llamar²⁷.

Por otra parte, lo que dijo el Señor: *La niña no está muerta, sino que duerme*, en primer lugar es para que sepamos que ante Dios los muertos se han de considerar como si durmieran, porque el poder divino es capaz de hacer levantarse al hombre de la muerte como de un sueño. En segundo lugar, para que comprendamos que al decir: *La niña no está muerta, sino que duerme*, se manifiesta la esperanza de la resurrección futura, y así nos diésemos cuenta de que la muerte de los fieles no ha de ser llamada muerte sino más bien dormición, pues en ella los santos, como quienes duermen, reposan en el sueño. Por esto, leemos que el Señor se refirió de manera similar a la muerte de Lázaro: *Nuestro amigo Lázaro duerme*²⁸. Esto mismo lo declara también el bienaventurado Pablo acerca de la muerte de los fieles, al decir: *No quiero que estéis ignorantes sobre los que duermen, hermanos, para que no os apenéis, como los demás que no tienen esperanza*²⁹.

5. Y estos son los hechos que nos son conocidos en primer lugar según el sentido literal. Sin embargo, según

la interpretación espiritual, esta mujer que padecía el flujo de sangre³⁰ [...], matando a los justos y los profetas y finalmente derramó la sagrada sangre de nuestro mismísimo Señor y Salvador. Leemos que el Señor le había echado en cara con justicia por medio del profeta la culpa de tan gran sacrilegio, cuando se le dice así: *Pasé junto a ti y te vi bañada en tu sangre*³¹. También lo que dijo el Señor por boca de Isaías a los judíos: *Aunque multipliquéis las súplicas, no os escucharé. Porque vuestras manos están llenas de sangre*³². Con razón también el Señor en el Evangelio, cuando reprobaba al pueblo pecados tan graves del mismo género, decía, entre otras cosas: *Para que caiga sobre vosotros toda la sangre que ha sido derramada, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre del profeta Zacarías. En verdad os digo que se le pedirá cuentas a esta generación*³³. Así pues, era el pueblo de la Sinagoga quien padecía este flujo de sangre. Por su parte, en el número de doce años, se muestra al mismo pueblo de Israel, que había sido congregado en doce tribus. Por otra parte, en los médicos con los que había gastado todo su dinero sin poder ser curada por ninguno, descubrimos representados a los ancianos del pueblo y a los sacerdotes de la ley, que percibían los diezmos y muchos dones de la gente, y que, aunque ofrecían sacrificios según la ley, no pudieron proporcionar la salud de la salvación a ese mismo pueblo; porque el pecado de semejante sacrilegio no podía ser suprimido por los sacrificios de la ley, sino solamente por la pasión del Señor.

Por eso, esta mujer que vino por detrás, tocó la orla del vestido y así, creyendo, fue salvada por su fe. En esto se representa a la gente procedente de la Sinagoga que creyó en el Hijo de Dios ante la predicación de Pedro³⁴. Iba a venir por detrás, esto es, tras la pasión del Señor, tocando la orla de su vestido, es decir, creyendo en el misterio de su encarnación, que asumió a causa de nuestra salvación; y así, por semejante fe, recibió el don de la salvación eterna, liberada, como de un flujo, del pecado de sangre. Esto vemos que, o bien se ha cumplido en aquellos que de entre la Sinagoga creyeron en tiempos de los apóstoles, o bien se ha de cumplir en los que, ante el retorno de Elías en la consumación de los siglos, habrán de creer, procedentes también del pueblo judío. De ellos el Apocalipsis dice que los que crean serán ciento cuarenta y cuatro mil³⁵, de todas las tribus.

6. En la hija del principal de la sinagoga vemos, sin embargo, la figura de la Iglesia que creyó procedente de la gentilidad. En el principal de la sinagoga descubrimos la figura de los profetas o de los apóstoles, en especial de san Pedro, el primero por el que se realizó la llamada entre los gentiles³⁶, modelo, en definitiva, de todos los santos que agradaron a Dios no por las obras de la ley sino por la justicia de la fe. Este pueblo que creyó proveniente de los gentiles se compara a la hija, que le agradó de modo similar al creer con fe en el Hijo de Dios. Ésta, sin embargo, en otro tiempo, antes de que el Señor viniese en la carne, era considerada como muerta por su infidelidad, como dice el Apóstol: *Y a vosotros, cuando estabais muertos por vuestros delitos y por el prepucio de vuestra carne, os vivificó en Cristo*³⁷. Así pues, la súplica del principal de la sinagoga es en

favor de esta Iglesia de los gentiles, que, por la fe de los apóstoles, mereció ser hija. De ella ya había hablado tiempo atrás el Señor a Moisés, diciéndole: *Déjame y aniquilaré a éstos y haré de ti un pueblo más grande y mejor que éste*³⁸. También había dicho de ella por boca del profeta: *Llamaré a «no-mi-pueblo», «pueblo mío»*³⁹. Por tanto, los apóstoles, representados en el padre de la niña, una vez reprobada la incredulidad de los judíos, suplican al Señor en favor del pueblo de los gentiles para que le fuera concedido por la gracia de Cristo salvar la vida, como en otro tiempo se le había prometido; para resurgir a la vida eterna despertado del error de este mundo como de la muerte.

7. Finalmente, para que veamos representado en esta niña todo el misterio de nuestra salvación, tras haberse alzado de la muerte, el Señor, como refiere Lucas⁴⁰, le ordena también que coma. En ello se muestra con evidencia el proceso de nuestra fe y nuestra salvación. En efecto, cuando cada uno de nosotros, al creer, viene liberado de la muerte eterna en el bautismo y, recibiendo el don del Espíritu Santo, vuelve a la vida, es necesario que además le sea ordenado comer; naturalmente, aquel alimento celeste⁴¹ del que dice el Señor: *Si no coméis mi carne y bebéis mi sangre, no tendréis vida en vosotros*⁴².

Por otra parte, en las plañideras y en la gente alborotada que se burlaban del Señor cuando decía: *La niña no está muerta, sino que duerme*, se muestra a los principales de la Sinagoga y a la turba del pueblo de los judíos que, al escuchar que el Hijo de Dios había prometido la esperanza de la vida eterna a los gentiles, se rieron y despreciaron una gracia tan grande del Señor. A éstos justamente el Señor los

mandó expulsar fuera, para que quedase manifiesto que este género de hombres incrédulos y sin fe había de ser excluido totalmente de la promesa de la vida eterna o del reino de Dios, por aquel que es autor de la vida y Señor del reino de los cielos.

TRATADO 48

LOS DOS CIEGOS

1. [Cuando Jesús se iba de allí, al pasar le siguieron dos ciegos gritando: «¡Ten piedad de nosotros, Hijo de David!». Y al llegar a casa, se le acercaron los ciegos, y Jesús les dice: «¿Creéis que puedo hacer eso?». Dícnle: «Sí, Señor». Entonces les tocó los ojos diciendo: «Hágase en vosotros según vuestra fe». Y se abrieron sus ojos. Jesús les ordenó severamente: «¡Mirad que nadie lo sepa!». Pero ellos, en cuanto salieron, divulgaron su fama por toda aquella comarca¹.] Estos ciegos, aunque no tuvieran los ojos del cuerpo, sin embargo tenían limpios los ojos de la fe y del corazón, con los cuales pudieron ver la luz verdadera y eterna, el Hijo de Dios, aquella luz de la que está escrito: *Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre al venir a este mundo*². Él mismo había predicho por boca de Isaías que había de venir para iluminar a los ciegos: *El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha unguido, me ha enviado a evangelizar a los pobres y devolver la vista a los ciegos*³. De Él da testimonio también Isaías en otro lugar: *He aquí que nuestro Dios restablecerá la justicia, Él mismo vendrá*

y nos salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos oirán⁴. De Él también había dicho David, movido por el Espíritu Santo: *El Señor levanta a los oprimidos, el Señor libra a los cautivos, el Señor da luz a los ciegos*⁵. Así pues, como estos ciegos percibieron con los ojos del corazón que había venido en carne este Salvador del género humano, según lo predicho por los profetas, con razón gritan diciendo: *Ten piedad de nosotros, Hijo de David*⁶. Se le llama Hijo de David porque tomó el cuerpo del linaje de David. Pero estos ciegos no sólo creyeron que Cristo, el Señor, era el Hijo de David, sino, lo que es más importante, que era el Hijo de Dios, y por esto se salvaron. Pues no estarían seguros de recibir de Él la visión para sus ojos, si no creyeran que Él era el Hijo de Dios⁷. Con razón, cuando el Señor les dijo: *¿Creéis que puedo hacerlo?*, respondieron diciendo: *Sí, Señor*⁸. En ello confesaron claramente tanto una cosa como otra: que era Dios y hombre, Hijo de Dios e Hijo del hombre; Hijo de Dios, Señor nuestro, según el espíritu, hijo de David por el cuerpo que asumió⁹.

Por otra parte, vemos también en esto la admirable gracia del Señor ya que les dice a los ciegos: *¿Creéis que puedo hacerlo?* No es que el Señor no hubiera podido hacerlo si ellos no hubiesen creído, sino que quiso distribuir la obra de su poder como recompensa de la fe y premio de los que creen. Por tanto, recompensando la fe de éstos con el premio de su poder divino, *les tocó, dice, los ojos y les dijo: Que os suceda según vuestra fe. Y se les abrieron los ojos*¹⁰. Gracias a esta fe los ciegos merecieron que se les diese la

luz, ya que creyeron fielmente que Cristo, el Señor, no sólo era hombre, sino también Dios. Al preguntarles el Señor: *¿Creéis que puedo hacerlo?*, no es que ignorase su fe, aquel que conocía lo oculto del corazón; sino que quiso preguntar para que, confesando con la boca lo que creían con el corazón, alcanzasen la salvación que pedían, según lo que está escrito: *Con el corazón se cree para obtener la justicia y con la boca se confiesa para obtener la salvación*¹¹. Y en otro lugar: *Cada uno será justificado por sus palabras o por sus palabras será condenado*¹².

2. Según una lectura alegórica, estos dos ciegos son imagen de los dos pueblos que tras la muerte de Salomón, bajo Roboam, hijo de Salomón, y Jeroboam, siervo del mismo Salomón, se dividieron en dos reinos¹³. Porque no es adecuado pretender ver figurados en estos dos ciegos al pueblo de los judíos y al pueblo de los gentiles. En efecto, ¿por qué razón, antes de ser iluminado, había de confesar el pueblo de los gentiles, que no había escuchado ni la ley ni los profetas, que Cristo era hijo de David? Por eso, es mejor referirlo a los dos pueblos arriba dichos, que pudieron conocer a partir de la ley y los profetas que Cristo era el hijo de David. Tanto el uno como el otro estaban ciegos a causa de la falta de fe de su corazón, ya que aún no habían podido ver la verdadera luz, el Hijo unigénito de Dios profetizado en la ley y los profetas. Éstos, perdida la luz de la fe y tapados con el velo de la ley, se encontraban como en una especie de oscuridad por su ceguera, según lo que refiere el bienaventurado Apóstol: *Y, al presente, dice, cuando se lee a Moisés, tienen un velo sobre su corazón; sin embargo, cuando se conviertan al Señor, el velo será quitado*¹⁴. Y también: *Este mismo velo permanece en la lectura del An-*

*tiguo Testamento, hasta que no sea desvelado, porque se elimina en Cristo*¹⁵.

Por tanto, en el hecho de que gracias a la fe por la que creyeron en el Hijo de Dios se les devolviera a estos ciegos la vista al instante, se manifiesta que quienquiera que de estos dos pueblos creyese fielmente que el Hijo de Dios había venido para salvar al género humano, recibiría el conocimiento de la luz verdadera desapareciendo inmediatamente toda ceguera de error. Se muestra, sin embargo, que el don de la gracia divina no se podía alcanzar ni en otro lugar ni en otro tiempo sino en el que el Hijo unigénito de Dios, habiendo asumido un cuerpo humano, iba a habitar en su casa, esto es, en la Iglesia. En ella todos los creyentes, liberados de la ceguera del primitivo error, contemplan la gloria de la luz eterna. Por último, en el hecho de que aquellos ciegos, al recibir la luz de los ojos, divulgasen por todas partes el poder del Señor, se muestra que la gracia de este don divino había de ser predicada en todas partes por aquellos que habían creído; pues no se puede ocultar ni callar la gracia de un don tan grande como el Señor realizó y realiza cada día.

TRATADO 52

LA TEMPESTAD EN EL LAGO

1. Después de mostrar la potencia de su fuerza divina, por la cual con cinco panes y dos peces sació a cinco mil hombres sin contar mujeres y niños¹, *inmediatamente ordenó a sus discípulos subir a una barca y adelantársele al otro lado del lago hasta que él despidiera a la muchedumbre. Y una vez despedida la muchedumbre, subió solo a un monte a orar*². Oró el Señor y Salvador nuestro para darnos ejemplo en todo como maestro y señor. Oró para mostrar que no era Él mismo el Padre, sino el Hijo. Pero no oró por sí mismo. ¿Por qué iba a orar por sí mismo aquel que no sólo no cometió pecado, sino que destruyó los pecados de todos?³. Por eso no oró por sí mismo, sino por nosotros, según lo que anteriormente había anunciado David por el Espíritu Santo diciendo: *Vuélvete, Señor, un poco y ruega por tus siervos*⁴. Y el evangelista Juan hace ver abiertamente que esto se ha cumplido, al mostrarnos con claridad las palabras mismas con que el Señor oró por nosotros al Padre, diciendo: *Padre, quiero que donde yo esté, estén también estos con-*

*migo y vean mi gloria*⁵. Y otra vez: *No ruego sólo por éstos, sino también por los que han de creer en mí por medio de su palabra*⁶. Por tanto, ésta fue la oración del Señor por nosotros al Padre, que todos seamos uno⁷ y seamos considerados dignos de ver su gloria en los reinos celestes.

2. *Y cuando se hizo tarde, estaba allí solo. Pero ya las olas zarandeaban la barca en medio del mar. Pues el viento les era contrario. Y en la cuarta vigilia de la noche se llegó a ellos caminando sobre el mar*⁸. Por tanto cuando el Señor, como maestro del género humano, nos daba ejemplo de cómo orar y la barca era zarandeada en medio del mar por las olas porque tenían viento contrario, dice que *se llegó a ellos el Señor caminando sobre el mar*. Con ello declaró abiertamente la potencia de su divinidad. Pues, ¿quién podía caminar sobre el mar sino el que es creador del universo? Aquel de quien antiguamente anunciara el Espíritu Santo por medio del bienaventurado Job: *Él solo extendió la tierra y camina sobre el mar como sobre la tierra*⁹. Y el que habla de igual modo por Salomón sobre esto mismo diciendo por boca de la Sabiduría: *Yo habité en lo más alto y mi trono se encuentra sobre la columna de nube. Di la vuelta sola al cielo y caminé sobre las olas del mar*¹⁰. Y aquel de quien David en un salmo declaró: *Dios, tu camino en el mar y tus sendas en las aguas abundantes*¹¹. De esto dio noticia igualmente Habacuc al decir: *Derramando aguas por los caminos, el abismo pronunció su voz*¹². ¿Qué hay más manifiesto que estos testimonios, o qué más luminoso? Con ellos se muestra claramente que Él camina sobre el mar como sobre la tierra, es decir, el unigénito Hijo de Dios, que an-

tiguamente extendió el cielo según la voluntad del Padre y en tiempo de Moisés sirvió de guía al pueblo en la columna de nube. De aquí se deduce la irreverente incredulidad de que son acusados los herejes, que se han atrevido a negar que Cristo es Dios, y están obligados a reconocerlo a partir de los mismos testimonios¹³.

Caminó pues el Señor sobre el mar, Él que es creador y fundador del universo. ¿No iba a poder quitar peso a los cuerpos para ser capaz de caminar sobre el mar, aquel que había hecho la naturaleza del hombre y el mismo mar y todas las cosas celestes y terrestres? Por esto las mismas aguas, cuando arreciaban las olas del mar, se hacían esclavas del Señor y creador suyo, alegrándose de poder servirle con la obediencia que le debían.

3. Cuando los discípulos vieron al Señor caminar sobre el mar, no sabiendo que se trataba de Él e inmovilizados por el estupor de una admiración nunca vista, pensaban que era un fantasma¹⁴. Pues sabían que no se permite a la naturaleza humana que este cuerpo terreno sea sostenido por las olas, de modo que éstas soporten su peso. Pero el Señor, para devolver la firmeza a la vacilación de sus temerosos discípulos dice: *Estad tranquilos, no temáis, soy yo*¹⁵, mostrando que Él era quien antiguamente había hablado a Moisés: *Yo soy el que soy*¹⁶; para que los discípulos, reconociendo por esta palabra al Señor y Dios suyo, dejaran de asombrarse de que el creador dominara a la criatura, o de que la criatura sirviera al creador. Finalmente, nada más oír que el Señor decía: *Soy yo*, al punto creyeron que era posible al Hijo de Dios lo que sabían que era imposible al hombre.

4. Con razón también Pedro, confirmado en la fe por esta respuesta del Señor, dice: *Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre las aguas. Y él mismo le dice: «Ven». Y bajando Pedro de la barca caminaba sobre el agua para llegar a Jesús. Viendo Pedro el fuerte viento, temió. Y cuando había comenzado a hundirse gritó: «¡Señor, sálvame!». Y el Señor tendiéndole la mano lo agarra y le dice: «Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?»*¹⁷. Pedro, confirmado en la fe tras reconocer a su Señor y Dios, pidió que se le concediera bajar sobre las aguas y caminar. El Señor, para mostrar la potencia de su naturaleza divina y manifestar que todo es posible al que cree, concedió lo que pedía a su discípulo, que le rogaba fielmente. Le ordena pues caminar sobre las aguas aquél a quien nada podía ser imposible por la fuerza de su divina potencia. Y bajando Pedro de la barca comenzó a caminar sobre las aguas del mar, estando seguro durante tanto tiempo cuanto permaneció constante y sin temblor en la fe. Pero cuando, al crecer el fuerte viento, aflojó el timón de la fe, turbado por una vacilación humana, comenzó inmediatamente a hundirse en el oleaje. De ahí que le dijera el Señor: *Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?*

Considera también aquí la distancia entre el Señor y el siervo, entre Dios y el hombre. El Señor caminaba sobre las olas del mar. Nada extraño: el creador dominaba en efecto a la criatura. Pues las mismas olas del mar se alegraban por estar debajo de los pies de Cristo. Pedro en cambio quiso obtener por la fe lo que no podía por naturaleza, de modo que él también caminara sobre las olas del mar. Finalmente también él caminó, pero para que reconociera que era hombre comenzó a hundirse entre el oleaje. Una era la potestad de Cristo, otra la condición de criatura de Pedro, porque aquél era Dios, éste hombre; aquél avanzaba por su propia

fuerza, éste era sostenido por la fuerza de Cristo. Además no dijo Pedro al Señor: «No puedo llegar a ti caminando sobre el mar». Quien espera una orden confiesa su debilidad. Pues sabía que él no podía caminar sobre el mar contra la naturaleza si no se lo mandaba Cristo, que es el Señor de las naturalezas. El que pudiera Pedro caminar sobre el mar no fue poder de Pedro, sino autoridad del que lo mandaba. Pero la fe de Pedro forzó la autoridad del que mandaba, pues creyó que podía caminar sobre las olas del mar si le era mandado por Cristo.

No obstante, después de acrecentarse el fuerte viento, temió y, caminando sobre el mar, comenzó a hundirse en el oleaje, e inmediatamente se acogió a Cristo diciendo: *¡Señor, sálvame!* Pues regía en parte a Pedro el propio timón de la fe mientras caminaba sobre el mar. Pero cuando fue turbado por las olas que se alzaban, inmediatamente pidió otro timón, es decir el auxilio de Cristo, en el cual encontró el verdadero puerto de salvación. Por tanto, el hecho de temer cuando se hundía en el oleaje fue propio de la debilidad humana. El que implorara el auxilio de Cristo es propio de una fe poderosa y de una fuerza admirable. Y es que no convenía a Pedro caminar también él sobre las olas del mar sin temblor, a ejemplo del Señor, no fuera que, ensalzado en la fe, se juzgara igual o semejante al Señor.

Por tanto, cuando había comenzado a hundirse, gritó al Señor, que acostumbra a librar a los que le invocan en el naufragio y en el peligro de la muerte, y dijo: «Señor, líbrame». Inmediatamente el Señor, escuchando el grito fiel de su discípulo, lo agarró extendiendo la mano, mostrando que Él es quien antiguamente dijo por el profeta: *Invócame en el día del aprieto y te sacaré y me glorificarás*¹⁸. Vemos que esto se cumplió en Pedro quien, cuando se encontraba

en el aprieto de la tempestad y clamó fielmente al Señor diciendo: «Señor, librame», mereció inmediatamente que el Señor le salvara extendiendo la mano. Y no es extraño que el Señor liberara del oleaje del mar a su discípulo que le gritaba con fe, pues ya antiguamente había rescatado incólume a Jonás después de tres días; y no sólo del oleaje, sino de lo profundo del mar y del vientre del cetáceo¹⁹.

5. Según la interpretación mística, esta nave en que el Señor manda a sus discípulos atravesar el lago cuando él subía al monte contiene una figura de la Iglesia, que el Hijo de Dios encomendó a los apóstoles cuando iba a subir al cielo hacia el Padre²⁰. Ésta, por tanto, mostrándose contrario el viento, es decir el espíritu inmundo, era zarandeada en este siglo como en medio del mar, empujada de aquí para allá con los diversos oleajes de las tentaciones. Para visitar y liberar esta barca del peligro de la tempestad, es decir del naufragio de este siglo, se allegó el Señor en la cuarta vigilia de la noche.

Y lo que hay que entender por esta cuarta vigilia se puede reconocer incluso por un ejemplo sacado de las cosas del mundo. Sabemos que la noche está dispuesta en cuatro vigilias, en que los soldados y centinelas acostumbran a turnarse, vigilando y haciendo guardia, para proteger el campamento o las murallas del acecho de los enemigos. Pero vemos que estas cuatro vigilias también están dispuestas por el Señor en el campamento celeste para guardia de los santos. De estas guardias leemos también en el libro de Job: *Mira, dice, al cielo y ve; observa las nubes cuán altas son (...)*²¹ *que distribuye las vigilias nocturnas*²².

Por eso debemos considerar qué es esta cuarta vigilia en la cual el Señor se allegó a los discípulos que sufrían la tempestad. La primera vigilia de esta noche, es decir del siglo presente, se entiende desde Adán hasta Noé. La segunda vigilia desde Noé hasta Moisés, a través del cual se dio la ley. La tercera vigilia, desde Moisés hasta la llegada del Señor Salvador. En estas tres vigilias el Señor, incluso antes de venir en la carne, defendió el campamento de sus santos, por medio de ángeles que montaban la guardia, de las asechanzas de los enemigos, es decir del diablo y sus ángeles, que desde el origen del mundo siempre acecharon la salvación de los justos. En la primera vigilia fueron custodiados Abel, Set, Henós, Henoc, Matusalén, Noé. En la segunda vigilia Abraham, Melquisedek, Isaac, Jacob, José. En la tercera Moisés, Aarón, Josué hijo de Nun, y los demás justos y profetas a partir de aquí. Pero en la cuarta vigilia se reconoce la etapa actual, desde que el Hijo de Dios descendió a nacer y padecer según la carne. Entonces promete, después de su resurrección, la vigilia eterna a los discípulos y a su Iglesia, diciendo: *Yo estaré con vosotros hasta la consumación del mundo*²³. Conoce también David esta eterna guardia del Señor cuando dice: *He aquí que no dormirá ni se adormecerá el guardián de Israel*²⁴. Por tanto en esta cuarta vigilia, es decir después de los justos, después de la ley, después de los profetas, vino el Señor y Salvador nuestro tras asumir un cuerpo humano, caminando sobre el mar, es decir pisoteando los pecados del siglo, para liberar del naufragio de este mundo, una vez puesta en fuga la tempestad del viento adverso del espíritu inmundo, a su barca que es la Iglesia. Por ella también Él ha padecido la tempestad, porque soportó la persecución en favor de su Iglesia.

6. Y en la petición de Pedro de llegar hasta el Señor caminando sobre el mar, cuando dice: *Señor, si eres tú, mándame ir a ti*, se mostró que Pedro, al estar lleno de un enorme amor por el Señor, quiso padecer con Él; se refiere a cuando, al decir el Señor que todos iban a sufrir tropiezo por su causa, afirma Pedro: *Aunque fuera preciso que yo muriera, no te negaré*²⁵. Pero cuando vio el viento fuerte, al instante temió y comenzó a hundirse. Esto de que al ver el fuerte viento temiera Pedro, ¿a qué se refiere sino a cuando vio la violencia de la persecución que el pueblo de los judíos procuraba al Hijo de Dios? Entonces sí que temió de verdad y comenzó a estar cerca del peligro cuando, interrogado por la sierva una primera vez, una segunda y una tercera, dijo desconocer a Jesús Nazareno, es decir a Cristo Señor. De este modo Pedro comenzó a hundirse porque a quien antes había confesado como Hijo de Dios, por quien incluso había dicho que iba a morir, después negó conocerlo.

7. Por tanto, cuando Pedro comenzó a hundirse de esta manera clamó al Señor diciendo: *¡Señor, sálvame! Y extendiendo la mano lo agarró*. ¿Y qué se entiende por este grito de Pedro cuando comenzó a hundirse, sino aquél con el cual después de la negación lloró muy amargamente, clamando al Señor con la fe del corazón? Por eso con razón le agarra la mano extendida del Señor. Además, como leemos en el Evangelio, inmediatamente después de la negación lo miró Jesús y así Pedro lloró muy amargamente²⁶. Por tanto, cuando Pedro quiso llegar al Señor por las olas del mar, significaba que antes de la pasión quiso Pedro padecer con el Señor y por el Señor. Pero como todavía no había sido fortalecido con la pasión de Cristo, aterrado por el miedo a la muerte, incurrió en el peligro de la negación en vez de perma-

necer constante en la fe. Y no convenía en verdad que Pedro padeciera con Cristo, porque para la salvación del mundo se requería la pasión únicamente de Cristo, Él que fue el único que condescendió a morir por todo el mundo, también por el mismo Pedro.

8. Y que por en medio de la tempestad subió el Señor a la barca y cesó el viento, y también que los que estaban en la barca se le acercaron y lo adoraron, quiere decir que el Señor y Salvador nuestro, una vez puesta en fuga la tempestad de la persecución, iba a volver de nuevo a sus discípulos hasta llegar a su Iglesia, en la cual constituyó como primer apóstol a san Pedro, a quien encomendó de forma particular sus ovejas diciendo: *Apacienta mis ovejas*²⁷. Una vez que los apóstoles, colocados en la Iglesia de los creyentes como en una pequeña barca, contemplaron esta gloria de la resurrección del Señor adorando al Señor y Salvador nuestro, predicaron al género humano que era el verdadero Hijo de Dios.